

Síntesis de contenidos de la Lección Magistral pronunciada por el Director del C.U. "Cardenal Cisneros", Prof. Alberto Pérez de Vargas Luque, en la Universidad de Cádiz, el día 18 de noviembre de 2011, que titulada "Proyección Social de la Universidad" constituyó la conferencia de apertura de los Cursos de Otoño

La Universidad debe asumir en el ámbito de su radicación, un papel de vanguardia en la formación cultural, social y política de los ciudadanos.

La Universidad ha cambiado sustancialmente en estos últimos cincuenta años y su proyección en sentido estricto, hacia la sociedad se ha hecho, en términos relativos, más tenue.

Es preciso tener en cuenta que son muchos los factores que influyen en el desarrollo del entramado social al que pertenece la Universidad. Pensar sólo en acciones de dentro a fuera, sería trivializar la vitalidad del binomio universidad-sociedad. La implementación de una poderosa herramienta, la informática, al servicio de la comunicación ha transformado los viejos esquemas en sistemas ágiles que permiten disponer de una información puntual, rápida y contrastable. Ello supone una auténtica revolución y la definición de nuevos e insospechados paradigmas, en las relaciones interpersonales e interinstitucionales.

Progresivamente y en paralelo al desarrollo telemático, la cultura de la imagen ha ido sustituyendo aunque no reemplazando las tradicionales formas de comunicación y aprendizaje, y la enseñanza se ha ido cada vez más acomodando a unos procedimientos más lúdicos y con menos exigencias de atención y esfuerzo.

En mis tiempos de estudiante, la cultura del esfuerzo formaba parte del equipaje y el negro sobre blanco era el juego de colores que resultaba más familiar. La imagen era complementaria, un valor añadido, pero no el centro de atención del discurso discente. Un libro de educación secundaria de los de hoy, cualquiera que sea la materia a la que esté dedicado, matemáticas incluso, le parecería un cómic a un estudiante de mi época.

No quisiera abundar en el asunto, en el muy preocupante asunto de la trivialización del conocimiento y del simplismo narrativo, pero tengo que referirme a ello para situar el momento en el que estamos y ver qué puede hacerse para que la Universidad sea y esté además de salir a la calle y servir a la sociedad de su tiempo. Porque de eso se trata.

Proyectar es servir, ponerse a disposición del colectivo al que se sirve, serle útil y mejorar sus condiciones de vida; contribuir, en definitiva, a mejorar su bienestar y a aumentar su libertad.

El conocimiento ya no se plantea más que en términos de utilidad. El verbo "conocer" ya no se conjuga más que si se hace con una finalidad que lo justifique. No se trata de saber sino de saber para algo que no sea simplemente saber. Eso explica la decadencia espectacular de las Humanidades y de todas las disciplinas fundamentales. Si marginamos o minusvaloramos todo lo que es formativo, acabaremos viviendo en una

sociedad de semivegetales y robots donde la valoración de la técnica sustituirá a cualquier otra escala de valores.

La Universidad de hoy añade a sus dificultades, un inconveniente que es difícil combatir: la dispersión, la atomización. Algunos políticos que han pasado por la Universidad, si es que lo han hecho, sin notarla, sin que nada se les haya quedado en las entendederas, la han confundido con algo así como un centro comercial o un estadio para solaz y recreo de las personas.

Profesores improvisados, sacados de donde sea, instalaciones lamentables y carencias de los elementos fundamentales para practicar dignamente el ejercicio de aprender a saber y todo ello a un coste de largo alcance, es la cosecha de esa inmensa torpeza de abrir centros y de dispersarlos por un área cuanto más amplia, mejor.

Mientras la sociedad ha querido multiplicar los centros universitarios y practicar el igualitarismo, las sucesivas generaciones no han encontrado alternativa. La Formación Profesional se ha descuidado o por lo menos no ha llamado tanto la atención de los administradores públicos.

Apenas hace un mes, el ministro de Trabajo celebraba que ¡por primera vez! el número de alumnos de Formación Profesional Reglada se había situado "prácticamente al mismo nivel que el de los que realizan estudios de Bachillerato". Es, desde luego, una buena noticia que después de treinta años desde su definición en el Sistema Educativo, la Formación Profesional empiece a tener un alumnado comparable al de Bachillerato, pero es muy negativo, por obvias razones, que la Formación Profesional no esté mucho más demandada y no sea varias veces más numerosa que el Bachillerato.

La formación profesional es la clave del sistema educativo, llevo diciéndolo más de tres décadas en conferencias e intervenciones y escribiéndolo cada vez que surge el tema, en donde quiera que sea posible hacerlo.

Nuestra realidad universitaria, la española, nos sitúa en un reducto que no acaba de encontrar su imbricación en la sociedad. La disparidad de características de unos estudios a otros, albergados en los mismos sitios, y la dispersión de centros, impiden un desarrollo equilibrado y propician una baja calidad en el profesorado, en los contenidos y en las disponibilidades.

La sociedad española no se acaba de enterar que un profesor universitario, sobre todo en materias fundamentales es un sujeto atípico, estudioso, investigador, con años de estancia en centros altamente especializados de dentro y de fuera del país, que precisa un largo recorrido de madurez y entrenamiento, y que para todo eso necesita seis o siete años de dedicación completa y exclusiva, interés y curiosidad. En muchas ocasiones se recurre a profesionales alejados de la práctica diaria del estudio y la reflexión.

La Universidad camina hacia la trivialización del conocimiento. España necesita con urgencia una reforma profunda del Sistema Educativo. Quizás algún día se den cuenta los políticos de esa necesidad extrema y de su extrema urgencia.

La Universidad debe estar servida por personas de muy alta cualificación científica y en ella han de enseñar también profesionales de reconocido prestigio. Dada la inmensidad del horizonte de lo cognoscible, la Universidad debiera restringir sus enseñanzas y sus investigaciones a un conjunto de conocimientos afines entre sí, procurando que entre ellos estén los que pudieran tener una mayor repercusión en el entorno o convengan más

o se adapten mejor a ese entorno. La Universidad ha de estar bien dotada de medios y de instrumentos para poder llevar a cabo su tarea eficazmente.

Es necesario organizar las cosas de modo que se guarde el equilibrio necesario entre lo posible y lo deseable. No se pueden multiplicar caprichosamente ni las enseñanzas ni las instalaciones de los centros universitarios so pena de dificultar o impedir que la tarea se ejerza como es debido.

Un reordenamiento de la geografía universitaria diversificaría la oferta universitaria y simplificaría su estructura física, reduciendo costes y elevando la calidad del servicio. Naturalmente eso supone crear, al mismo tiempo, una especie de protectorado del estudiante, de modo que se arbitraran los medios necesarios para que todos tuvieran la oportunidad de estudiar la carrera deseada. Pero no poniéndosela en la puerta de su casa ni en la plaza de al lado, sino dándole la posibilidad de hacerlo allá donde exista la carrera y en donde sea posible formarse dignamente.

Estamos sufriendo las consecuencias de una estructura que ha ido creciendo sin directrices ni estudios de viabilidad. En los últimos años se han complicado las cosas, ha crecido la improvisación y no se ha prestado la más mínima atención al efecto que sobre la sociedad producirían las reformas educativas y los procesos de multiplicación de instituciones superiores. Tanto es así que para colmo y como ejemplo del cuasicaos en el que nos encontramos, proliferan también centros de enseñanza superior que no solo no ofrecen garantías de calidad sino que incluso no tienen reconocimiento oficial. De modo que los estudiantes y sus familias caen en la trampa de creer que aquello que hacen tendrá después una valoración semejante a la que se da a los títulos oficiales que imitan, y nada más lejos de la realidad ni más cercano a la estafa consentida.

Nos queda tener en cuenta que la Universidad debe, además de cumplir con su misión de profundizar y avanzar en el conocimiento y en la difusión de saberes, de formar científicos, en el sentido amplio de la expresión, y de preparar personas en el más hondo significado del término, responsables y socialmente recomendables; debe, digo, además derramar sobre la sociedad su inmenso potencial de creatividad y sabiduría.

La Universidad debiera multiplicar en su territorio, actividades que acercaran a la gente lo que allí dentro se hace. Jornadas de puertas abiertas, ciclos de divulgación y difusión de conocimientos, exposiciones y toda clase de gestos que permitan percibir que no hay duda de su compromiso con la sociedad.

Organizar encuentros con el profesorado de las enseñanzas preuniversitarias y cursos que les puedan ser útiles a los compañeros que se enfrentan con mucha mayor dureza con la dificultad de enseñar. El profesorado universitario se aleja y con frecuencia pierde de vista lo que pasa en los primeros niveles de la enseñanza.

Entiendo que la Universidad posee un potencial que no pone, todo lo que sería posible y deseable, a disposición y al servicio de la sociedad. Y puede hacerlo y lo haría bien porque en ningún otro sitio podríamos encontrar profesionales con neuronas más activas, intelectos más ágiles, habilidades más necesarias y voluntades más dispuestas a servir a los demás.